kett, etc., lamentablemente prefiriendo la tarea de comentarista conceptual y parafraseador metafórico, debiera ser el primero en darse cuenta de los problemas de su libro, dedicándose a un trabajo de ampliación de instrumentos, de profundización de visiones y de síntesis temáticas, en provecho precisamente de la laboriosidad que ha desplegado hasta ahora.—*JULIO E. MIRANDA (21, rue de l'Equité, 1090. BRUSELAS. Bélgica).*

JOSÉ FERRATER MORA: *Las palabras y los hombres.* Ediciones Península. Barcelona, 1972, 152 pp.

A través de una serie de breves ensayos, el autor enfoca ciertos problemas filosóficos mediante el análisis del lenguaje con que son expresados.

Siendo la palabra una manifestación del pensamiento y de las demás experiencias humanas, es posible echar un poco de luz en esa zona tan rica como misteriosa que es la vida interior del hombre, estudiando las expresiones lingüísticas en que de alguna manera aquélla se traduce.

El libro se abre con un interesante capítulo sobre las principales ideas que, a través de la historia, se han tenido acerca del hombre, de su naturaleza y de su destino. De acuerdo con la metodología propuesta, el autor intenta hacer una reflexión sobre estas concepciones, utilizando como instrumentos los vocablos o fórmulas lingüísticas con que se han expresado.

Los célebres versículos del Génesis, por ejemplo, revelan un concepto del hombre como creatura e imagen de Dios; la definición clásica de *animal racional* presupone la idea esencialista propia de los filósofos griegos; las fórmulas *homo sapiens, homo faber, homo symbolicus,* etc., intentan aclararnos de alguna manera la naturaleza y condición del ser humano.

El autor analiza esta diversidad de términos y definiciones que pretenden manifestar lingüísticamente las ideas que el hombre tiene de sí mismo, y considera que todas tienen un valor relativo y limitado, ya que sólo se refieren a aspectos parciales de la naturaleza humana.

Considerando la diferencia entre las expresiones *ser alguien* y *ser algo,* Ferrater Mora reflexiona sobre el carácter personal del hombre, que imposibilita toda definición propiamente tal.

Pero la palabra no sólo patentiza las ideas, sino también otras experiencias humanas que se dan en un nivel más cercano a lo afectivo-sentimental. Entre ellas, hay una, absolutamente íntima y trascendente, que es la experiencia religiosa. Ferrater Mora hace un estudio de dicha experiencia, prescindiendo de ciertas definiciones clásicas y ateniéndose a la consideración de las expresiones lingüísticas que la manifiestan. Los vocablos religiosos, como *creo, espero, adoro,* etc., son, según el autor, palabras del vocabulario corriente, pero adquieren una dimensión religiosa cuando son pronunciadas dentro de una situación especial —particularmente tensa y conflictiva— que caracteriza la experiencia de lo *absolutamente Otro.*

Los dos ensayos siguientes están dedicados al *lenguaje de la Historia.* Contra posiciones demasiado parciales y limitadas, el autor declara que «la historiografía no está uncida a ningún lenguaje determinado», pero que, por lo general, los historiadores echan mano de tres tipos distintos de lenguaje, íntimamente ligados entre sí: los enunciados *descriptivos,* verificables mediante documentos; los enunciados *explicativos,* de más compleja y difícil verificación, y los enunciados *interpretativos,* totalmente inverificables. El autor hace un estudio de cada uno de ellos, ilustrado con ejemplos aclaratorios.

En el lenguaje histórico de nuestro tiempo están en juego dos términos que han desatado serias polémicas: *estructuralismo* e *historicismo.* F. Mora considera que tal antagonismo ideológico es más aparente que real, pues analizando los conceptos expresados por las palabras *estructura* e *historia,* se puede comprender que su carácter contrapuesto los hace, por eso mismo, complementarios y mutuamente condicionados. El autor llega así a una posición conciliatoria que pretende superar las actitudes demasiado absolutistas, sin caer tampoco en el eclecticismo ni en el relativismo.

Este enfoque *conciliador,* que se manifiesta a través de todo el libro, lo justifica el autor en el ensayo siguiente, que titula, muy orteguianamente, «Punto de vista y tolerancia».

El resto del trabajo se refiere a problemas de carácter marcadamente lógico y semántico, muy afines con la temática abordada por el autor en sus libros. *El Ser y el Sentido* e *Investigaciones sobre el lenguaje.* Se estudian aquí cuestiones como la relación entre *significado* y *referencia;* el análisis lingüístico del conocimiento a través de los verbos *conocer* y *saber* y la relación de *reemplazo* o *sustitución,* que F. Mora, siguiendo a Alfredo Deaño, denomina *pintura-modelo.*

En resumen: este librito, escrito en forma ágil y didáctica, pero al mismo tiempo con la seriedad que caracteriza a su autor, será indu-

dablemente de gran utilidad para todos aquellos que se interesen por los problemas humanos, pero particularmente para los que hacen del lenguaje un objeto de reflexión filosófica.—*CARMEN VALDERREY (Colegio Mayor Santa María de la Almudena. Juan XXIII, 17. MADRID).*

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

VICENTE ALEIXANDRE: *Mundo a solas.* Colección «Fuendetodos». Ediciones Javalambre. Zaragoza, 1970.

Este es el libro más pesimista, acaso también el más trágico, de Vicente Aleixandre. Escrito de 1934 a 1936, encuentra ahora lo que el propio autor, en nota previa, considera su «primera edición completa». Precedido por *La destrucción o el amor* (1935), fue interrumpido por los años de la guerra civil y postergado por el siguiente: *Sombra del paraíso* (1944). En 1950, la librería «Clan», en manos de Tomás Seral y Casas, realizó una edición de sólo doscientos ejemplares numerados y diez no venales. De los restantes libros del poeta se han multiplicado las ediciones. No así de éste, que en la actual recoge cuatro piezas inéditas y en verdad muy significativas. El acierto del presente volumen es, pues, claro.

Aleixandre tituló primero este libro *Destino del hombre.* Patético destino, diríamos, porque su cocepción del mundo es una cegadora soledad, con el ser humano como rastro perdido, como vida negada. «Sólo la luna sospecha la verdad, / y es que el hombre no existe», son los versos que abren el primer poema. La pugna de un amor que se niega a sí mismo dramatiza la adversa suerte de un vivir en huida a través del planeta, puro y erizado, mineral y helador, combatido por soles furiosos y lunas secas o ensangrentadas. La ráfaga amorosa que conmueve casi todos los poemas responde a la dualidad amor-muerte, ya alentada en *La destrucción o el amor,* pero es más trágica. La exaltación de la naturaleza anticipa el himno de *Sombra del paraíso,* pero es más desolada. Con razón se escribe en la nota editorial, presentadora del actual volumen, que aquel Aleixandre «tiene la plenitud de los treinta y seis años; las manos, impacientes por apresar la vida; en la mente abierta, la profecía del drama de la patria, y en el pecho, la urgencia de amar, de entregarse para reconocerse». Y también: «En